

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROF. CARLOS FEDERICO PEREZ Y PEREZ EN EL ACTO DE RECONOCIMIENTO AL RECTOR JUAN TOMAS MEJIA FELIU POR LA LABOR REALIZADA DURANTE MAS DE 12 AÑOS.



Al dar comienzo a estas palabras debo confesar que me abruman un honor y un compromiso. El primero, por haberse confiado en mi calidad de profesor cuando hay tantos compañeros de docencia con mejores credenciales; el segundo, por tener a mi cargo el grave cometido de dar expresión a las ideas y los sentimientos que nos han movido a organizar este acto de merecido reconocimiento.

La labor que por más de doce años ha rendido el Dr. Juan Tomás Mejía Feliú al frente de la Rectoría de nuestra Universidad tiene los sobresalientes atributos de un tesonero esfuerzo de organización y promoción eminentemente constructivo. Basta, para apreciarlo en sus verdaderas dimensiones, dedicar una ojeada al trayecto que hemos recorrido desde el 21 de abril de 1966. Muchos recordamos perfectamente el nacimiento con recursos precarios de la institución que para algunos no pasaba de ser un propósito ilusorio acariciado pero irrealizable. Si por un lado había escépticos, por otros no escaseaba la hostilidad, pero con el patrocinio de la Fundación Universitaria Dominicana, cuyos componentes se habían percatado de lo que exigían las circunstancias, la marcha hacia el futuro tuvo comienzo, y volviendo los ojos al pasado, creo que con la aleccionadora experiencia de aquellos días puedo afirmar que nada es imposible con tal de que exista un concierto de voluntades encaminado hacia una misma finalidad.

La criatura nacida el 21 de abril de 1966, no obstante la asidua dedicación que se le había prodigado, desde su primer Rector el Arq. José Antonio Caro, hasta el último de sus profesores y empleados, era todavía una entidad en gran parte informe cuando Juan Tomás Mejía Feliú adviene a la Rectoría. Comienza entonces la etapa de consolidación que, sorteando dificultades y asechanzas, sumando voluntades y estructurando una paulatina expansión organizadora, conduce a la UNPHU a la categoría de una institución de servicio a la sociedad dominicana que responde a plenitud al lema que felizmente condensa la filosofía que la anima: “aquel que tenga algo que enseñar o aprender será bien recibido”.

Hay muchas razones para pensar que este lema se compagina cabalmente con la ruta seguida hasta ahora por la Universidad en su arduo trajinar de coordinación y crecimiento, el cual, sin que ello signifique sistemático rechazo a las innovaciones que sean necesarias, debemos esforzarnos porque en lo esencial sea ese lema el que presida la senda a recorrer en lo porvenir. No olvidemos que la Universidad lleva el nombre del más estudioso de los dominicanos de todas las épocas quien, al propio tiempo, fue el de mayor vocación y más preclaro ejercicio docente: Pedro Henríquez Ureña. Al ostentar su nombre y al editar sus Obras Completas, la Universidad ha hecho, en renovada muestra de fidelidad a su nombre y a su lema, una obra de genuino rescate para que llegara al conocimiento de los dominicanos la vida y la obra del más ilustre de sus humanistas, y ha abierto el camino para el reconocimiento nacional que le hará nuestro Gobierno en fecha próxima.

Dedicación al estudio y vocación para enseñar son, pues, credenciales indispensables para ampararse bajo nuestro techo, pero no se crea, sin embargo, que ellas se limitan a la pura elucubración teórica. Por el contrario, como muy bien lo ha señalado el señor Rector en diversas ocasiones, es criterio de nuestro centro docente que tales cualidades deben tener una proyección social operante, a tono con las necesidades que reclama el medio, ya que tampoco debemos olvidar que la

Universidad se adjetiva nacional y que sin patrioterismos escandalosos o demagógicos se ha empeñado en poner siempre de relieve nuestros valores, desde los que emergen del ambiente del pueblo, como lo hizo nuestro Instituto de Investigación Folklórica, recolectando un fondo opulento del ingenio y el arte de nuestros campos, hasta los que pertenecen a un más elevado nivel, como lo testimonia nuestra producción editorial. A manera de acto de fe de ese nacionalismo constructivo, señorea los predios de nuestro campus dos la figura procerca de Juan Pablo Duarte, Padre de la Patria.

Las acotaciones que anteceden juzgamos que tienen un significado ilustrativo en cuanto a la vigencia, durante la actuación del señor Rector, de ciertos principios que han servido de estructura ideológica y normas de conducta a la Universidad y que no hay duda que responden a las circunstancias que le dieron origen y a las finalidades perseguidas por sus fundadores. Esos principios han servido de pautas para que el crecimiento de la institución se cumpla dentro de un clima de equilibrada convivencia y mutuo respeto entre profesores y estudiantes, en sentido general, clima ajeno a las perturbadoras consecuencias que la infiltración del partidismo político está produciendo en muchos de los centros de enseñanza del país. Los conceptos expuestos por el señor Rector, a propósito de tales principios, han adquirido connotación, con perfecta claridad, en sus pronunciamientos durante los actos de investidura de los graduandos y de ingreso de los nuevos estudiantes. De esa manera no hay derecho a llamarse a engaño sobre lo que la Universidad exige y acerca de lo que ella ofrece, reclamo y oferta que se encaminan a preservar la autenticidad de su condición de centro de estudios.

Si del campo de las ideas pasamos a la esfera del progreso material, tendremos que convenir que, bajo la Rectoría del doctor Mejía Feliú, las dimensiones alcanzadas en ese aspecto las atestiguan con creces las edificaciones que se han erigido y las que están en curso de construcción en sus dos campus. Ellas constituyen el fruto de esfuerzos mancomunados, hecho posible, en gran medida, por el crédito que es noble producto de

una buena administración y del óptimo rendimiento de altos niveles de enseñanza. El número de decanatos, escuelas, departamentos y programas se ha multiplicado sin solución de continuidad. Las extensiones establecidas en otras ciudades ofrecen posibilidades de formación para muchos que por razones diversas no pueden acudir a la capital de la República. Centenares de profesores y miles de estudiantes han aportado otros tantos millares de egresados a las actividades profesionales, técnicas y artísticas de la nación. Los laboratorios, el Instituto Biomédico, las instalaciones de odontología y agronomía, la contribución al mejoramiento del profesorado escolar, desarrollos sujetos a una docencia exigente en calidad, merecen ya el reconocimiento de instituciones nacionales y extranjeras y arrojan un balance de halagadora madurez.

Cuanto llevamos dicho en lo concerniente a las ideas que han presidido la gestión del Rector Mejía Feliú, y a los complementos físicos que las han acompañado, demuestran que el reconocimiento que tributamos a tan fecunda labor tiene un fundamento sólido y perdurable.

Ahora, al principio de estas palabras, hice referencia tanto a las ideas como a los sentimientos que nos embargaban para organizar este acto que se debe a la iniciativa del siempre vibrante profesor Manuel de Jesús Goico Castro. El sentimiento es la zona de más profundas raíces en la psiquis humana. Especialmente se pone en estado de alerta cuando lo que ha sido afán, consagración, arduo debate con la realidad, a veces deprimente, ingresa, ya consumado, en el ámbito sin término del pretérito. Siempre extremos semejantes generan y guardan inextinguible calor humano. La etapa de cimentación de la Universidad, en la que ha sido obrero infatigable el señor Rector, está a mi juicio ya realizada. No implica ello que la obra sea perfecta; errores, omisiones, desajustes, podrán anotarse en un recuento minucioso, puesto que se trata de obra hecha por humanos; pero no hay duda en cuanto a la firmeza y estabilidad logradas, terreno desde donde es posible proseguir, en mejores condiciones, la justa para enfrentar las dificultades que aún se

levanten en el camino y para dar cima a nuevas conquistas de perfeccionamiento y eficiencia.

Nuestros sentimientos, pues, se alertan al cerrarse una etapa y con frecuencia, como ocurre en este instante, cuando estamos en actitud de despedida, la nostalgia tiende su manto sobre los tiempos idos, mucho más si ellos quedaron inscritos en las páginas de una historia en la cual la lucha, ansiedad e incertidumbre del día anterior se vieron a menudo coronadas, al día siguiente, por el advenimiento de un nuevo y prometedor paso de avance.

Señor Rector: el cuerpo docente y administrativo de nuestra Casa de Estudios no podía dejaros partir de la Rectoría sin ofrecer os el cálido testimonio de reconocimiento que merecidamente os habéis granjeado por el celo, consagración y fervor con que, durante más de doce años, habéis impulsado el desarrollo de la institución de la cual formamos parte. Al hacerlo, podemos igualmente aseguraros que la UNPHU será siempre vuestra casa, ya que los vínculos que crearon los sinsabores y bienandanzas de una causa común son indestructibles y porque sabemos, además, que siempre estaréis dispuesto a cooperar para que la Universidad prosiga sin pausa por el camino ascendente en cuyo curso tantos méritos contrajo vuestra laudable e ingente dedicación.

Permitidnos ahora que como recuerdo de este acto pongamos en vuestras manos el diploma de reconocimiento con el cual queremos dejar constancia de cuanto hemos dicho y de cuanto estamos sintiendo.

CARLOS FEDERICO PEREZ Y PEREZ.

Club Deportivo Naco
Santo Domingo, R. D.
30 de diciembre de 1980.